

RETIRO: VIA LUCIS – MARÍA MAGDALENA

(Extraído de la revista ORAR n° 174 – N. Quesson – B. Caballero – AA VV)

VER:

Como estamos diciendo este ciclo pastoral, durante siglos, el Via Crucis ha propiciado la participación de los fieles en el primer momento del acontecimiento pascual, la Pasión, y ha contribuido a fijar sus contenidos en la conciencia del pueblo. Seguramente porque la cruz está muy presente en nuestras vidas y porque, quien más, quien menos ha tenido o tiene que recorrer su personal Via Crucis. Y toda la religiosidad popular de la Semana Santa, con sus pasos e imágenes lo ha fomentado.

Algo que nos achacan a los cristianos en general y a los católicos en particular es que damos mucha importancia a la Cruz, al dolor... pero no lo contrapesamos con aquello que da sentido al dolor y a la Cruz, que es la Resurrección de Jesús. Nosotros deberíamos sabernos y vivir como “hijos de la Resurrección”, “hijos de la Pascua”, la Pascua debería ser para nosotros la piedra angular sobre la que se apoya nuestra fe.

Porque el Via Crucis es la primera parte de una historia que no acaba en un sepulcro, ni siquiera en la mañana de la Resurrección, sino que se extiende hasta la efusión del Espíritu Santo y su actuación maravillosa.

Por eso, en nuestros días, el Via Lucis, de modo análogo al Via Crucis, puede ser un medio que nos ayude a interiorizar y comprender vitalmente el segundo momento en el tiempo, pero el primero en cuanto a importancia, de la Pascua del Señor: la Resurrección.

En continuidad con el Via Crucis, el Via Lucis nos lleva a la constatación de que, dentro del plan de Dios, la realidad del dolor y de la Cruz no constituye el fin de la vida, sino que nos abre a la esperanza de alcanzar la verdadera meta del ser humano: la liberación, la alegría, la paz... valores esencialmente pascuales.

En el retiro anterior reflexionamos sobre la realidad del sepulcro vacío, y hoy contemplaremos la reacción de María Magdalena ante ese sepulcro vacío. María Magdalena es la más destacada de las mujeres que acompañaron a Jesús. Aparece en los cuatro evangelios como testigo de la crucifixión, sepultura y resurrección del Señor.

A María Magdalena “le habían expulsado siete demonios” (Lc 8, 2), y junto con Juana, esposa de Cusa, administrador de Herodes Antipas, y Susana, asistía con sus bienes a Jesús y a sus doce Apóstoles. Durante mucho tiempo se identificó a María Magdalena con la “mujer pecadora” que en casa de un fariseo mojó los pies a Jesús con sus lágrimas y luego se los secó con los cabellos, pero hoy en día esto no se considera probable. Dado que María Magdalena ayudaba a Jesús y sus Apóstoles y era amiga del administrador de Herodes Antipas, cabe suponer que era de clase acomodada y no tenía necesidad de prostituirse.

Para la reflexión:

- ¿Qué “demonios” ha expulsado el Señor de mí?
- ¿Cómo ayudo yo al Jesús y a las tareas de la evangelización?
- María Magdalena acudió al tercer día al sepulcro, pero lo encontró vacío. En el anterior retiro nos preguntábamos: ¿Cuál sería mi reacción si al visitar la tumba de un ser querido la encontrase vacía? ¿Qué haría, cómo reaccionaría?

JUZGAR:

Del evangelio según san Juan

20, 11-18

En aquel tiempo, fuera, junto al sepulcro, estaba María, llorando. Mientras lloraba, se asomó al sepulcro y vio dos ángeles vestidos de blanco, sentados, uno a la cabecera y otro a los pies, donde había estado el cuerpo de Jesús.

Ellos le preguntan: —«Mujer, ¿por qué lloras?»

Ella les contesta: —«Porque se han llevado a mi Señor y no sé dónde lo han puesto»

Dicho esto, da media vuelta y ve a Jesús, de pie, pero no sabía que era Jesús.

Jesús le dice: —«Mujer, ¿por qué lloras?, ¿a quién buscas?»

Ella, tomándolo por el hortelano, le contesta:

—«Señor, si tú te lo has llevado, dime dónde lo has puesto y yo lo recogeré.»

Jesús le dice: —«¡María!»

Ella se vuelve y le dice: —«¡Rabboni!», que significa: «¡Maestro!»

Jesús le dice:

—«Suéltame, que todavía no he subido al Padre. Anda, ve a mis hermanos y diles: "Subo al Padre mío y Padre vuestro, al Dios mío y Dios vuestro."»

María Magdalena fue y anunció a los discípulos: —«He visto al Señor y ha dicho esto.»

María Magdalena amaba profundamente a Jesús. Estaba muy triste por haberlo perdido. Y sumándose a su tristeza, imaginemos el asombro y el disgusto al ver que el cuerpo de Jesús no está allí, se lo habían llevado y que el sepulcro está vacío.

María Magdalena, como el resto de los discípulos, no esperaba la Resurrección. No tenía ni idea de esto. Ella muestra la primera reacción normal: “se han llevado a mi Señor”.

Pero Jesús está vivo, está ahí aunque no se le ve. María Magdalena estaba equivocada buscando entre los muertos al que estaba vivo.

María Magdalena es la que más ama, la primera que busca y la que lo hace con más intensidad. No comprende, pero es la primera que recibe la visita del Señor Resucitado.

En estos momentos ella siente soledad y abandono. Ella que había sido liberada, y en agradecimiento había consagrado su vida al amor de Jesucristo, y sin embargo, ahora no lo encuentra.

A nosotros también nos ocurre que, ahora, el Señor se nos “esconde”, no lo hallamos con la facilidad de antes, y podrían tocar a nuestra puerta la soledad, el abandono, la desazón...

Pero es necesario abrir bien los ojos. María tiene delante a su Señor y no lo reconoce.

Es necesario que la Magdalena pase del conocimiento que antes tenía de Él a un nuevo conocimiento. Cuando ella se queda estancada en el pasado y quiere volver a encontrar al Jesús de antes, no le reconoce ahora. Porque Jesús ahora aparece como totalmente otro.

También a nosotros nos resulta urgente abrir los ojos de la fe para descubrir la nueva presencia de Jesús Resucitado. Cristo no acostumbra aparecer como Yahvé en el Antiguo Testamento, entre rayos y truenos. Jesucristo Resucitado no quiere que le tengamos miedo y opta por lo sencillo. Lo tenemos delante de los ojos, pero muchas veces no sabemos o no queremos descubrirlo.

Jesús se acerca a la amiga y le hace preguntas sobre su situación: “¿Por qué lloras?, ¿a quién buscas?” Jesús parte de sus sentimientos, de su situación para iluminarla gradualmente en lo que debe comprender por sí misma.

“¿Por qué lloras? ¿A quién buscas?”. Son preguntas que trascienden el personaje de la mujer y se dirigen a cada uno de nosotros.

Si sólo se llora por lo que nos afecta profundamente, ese “¿por qué lloras?” de Jesús nos invita a tomar conciencia de nuestras pérdidas y de los sentimientos que las acompañan. ¿Qué es lo que ahora produce en nosotros tristeza y desamparo? ¿Qué formas reviste nuestra manera personal de vivir la relación con un Jesús “ausente”? ¿Qué zozobras nos causa el ambiente en el que vivimos?

Cristo está delante de nosotros en esa situación difícil, en ese fracaso aparente, en las pequeñas cruces de todos los días. Y nos pregunta, nos grita de mil maneras diversas: “¿Por qué lloras?” ¿No te has dado cuenta que he Resucitado y estoy contigo para siempre?

“¿A quién buscas?” No es la primera vez que Jesús formula una pregunta como esta. Se la dirigió también a los discípulos de la primera hora, como leemos al comienzo del Evangelio de Juan. Quien no busca no encuentra. Quien se detiene, nunca llega. ¿Cuáles son nuestras búsquedas de hoy? ¿Qué nos mueve por dentro para seguir caminando?

Jesús Resucitado se conmueve ante el amor desinteresado y fiel de la Magdalena. No puede seguir ocultándose y se le descubre. Jesús toma la iniciativa, como siempre, es El quien se da a conocer, llamándola por su nombre: “¡María!”

Al llamarla por su nombre, se abrieron sus ojos. Mientras que para el llanto se busca una causa (¿Por qué?), para la búsqueda se hace referencia a una persona (¿A quién?).

María no busca un ideal, una causa por la que luchar, un sentido. María busca a Alguien, a Aquél que, mirándola, la ha restituido en su dignidad de mujer, a Aquél a quien ha seguido por los caminos de Galilea en compañía de otros discípulos, a Aquél a quien vio colgado en un madero y abandonado por casi todos, excepto por ella y unos pocos más.

El llanto de María Magdalena se cambiará en alegría cuando Jesús la llame por su nombre. “¡María!”. Aquél a quien ella tomaba por el jardinero era Jesús en persona. Oír su propio nombre de sus labios le despertó el entendimiento.

Detrás de cada lágrima, hay un Jesús que las enjuga. Detrás de cada búsqueda, hay un Jesús que pronuncia nuestro nombre. María Magdalena nos enseña que el amor consigue imposibles cuando todo parece perdido.

María Magdalena, gracias a su amor, aun a través de sus lágrimas, consiguió ver al Señor, a quien tanto quería. El Espíritu de Cristo Resucitado le iluminó los ojos y la vida, porque el lugar donde Dios habita es siempre el corazón que ama. Por eso el amor es el camino directo para ver a Dios, para la fe, para reconocer al Maestro.

Para la reflexión:

- ¿En alguna ocasión he sentido que “se han llevado a mi Señor”, que ha desaparecido de mi vida? ¿Qué hice?
- ¿Qué respondería a Jesús si me preguntase: ¿Por qué lloras?
- ¿Qué respondería a Jesús si me preguntase: ¿A quién buscas?
- ¿Me siento llamado “por mi nombre”, personalmente, por Jesús? ¿Qué significa eso para mí? ¿Qué repercusión tiene en mi vida?

ACTUAR:

María quisiera retener a Jesús, pero Jesús purifica este sentimiento demasiado posesivo; y lo que hace es enviarla en misión hacia los demás. Magdalena recibe una misión: no puede quedarse ahí, no puede «retener» para sí al que acaba de encontrar Resucitado, sino que tiene que ir a anunciar la Buena Noticia a todos. Se convierte así en «Apóstol de los Apóstoles».

La Resurrección obra una auténtica transformación en la Magdalena. Ya no llora. Ahora es enviada por Cristo a anunciar el gozo de su triunfo: “**Ve y dile a mis hermanos...**”

Por primera vez en el Evangelio Jesús nos llama directamente hermanos suyos. Por su Resurrección, somos verdaderamente hijos adoptivos de Dios y hermanos de Cristo. Este pasaje describe las nuevas relaciones que Jesús establece con los suyos, con nosotros, porque ahora nos introduce de forma explícita en su propia relación con Dios Padre.

Y como hermanos suyos, participamos de su misma misión. La certeza de la Resurrección de Jesús no podemos guardárnosla para nosotros, sino que debemos anunciarla a los demás, como María Magdalena, de manera que muchos otros hombres y mujeres se conviertan en discípulos y apóstoles convencidos del Reino de Cristo, intentan vivir en santidad.

María Magdalena sale a dar testimonio de la Resurrección. No se contenta sólo con rezar y dar ejemplo con una vida virtuosa para que los demás conozcan a Cristo. Ella siente la necesidad, esencial a nuestra vocación cristiana, de hacer algo, hablar, predicar, atender, servir, ayudar, etc., todo lo que pueda, para dar a conocer el amor de Cristo al mundo.

La Resurrección de Jesús nos interpela y nos provoca. Se tendrá que notar en nuestro estilo de vida que creemos de verdad en la Pascua del Señor, que somos “hijos de la Pascua”: que Él ha Resucitado, que se nos han perdonado los pecados, que hemos recibido el don del Espíritu y pertenecemos a su comunidad, que es la Iglesia.

Somos enviados a anunciar la Buena Noticia. Pero nuestro anuncio sólo será convincente si brota de la experiencia de nuestro encuentro personal con el Señor, el Crucificado Resucitado. Entonces, como la Magdalena, nosotros seremos testigos que “contagiaremos” a nuestro alrededor esa experiencia de fe.

Muchas veces nos quejamos de que nosotros no acabamos de «ver» ni reconocer al Señor en nuestra vida; pero tenemos el mérito de creer en Él sin haberle visto con los ojos de la carne: *“Dichosos los que crean sin haber visto”*, como dijo Jesús a Tomás.

¿Cómo descubrir nosotros a Cristo Resucitado, para poder anunciarlo después? A través de una fe despierta por el amor. Y lo vamos a encontrar, sobre todo, en y con los hermanos, es decir, allí donde dos o tres se reúnen en su nombre, y en y con la comunidad que celebra la Eucaristía, el memorial de la Muerte y Resurrección de Cristo.

Porque es sobre todo en la Eucaristía donde oímos las palabras de Jesús que abren los ojos de nuestra fe: *“Tomad, comed, esto es mi cuerpo; tomad y bebed, éste es el cáliz de mi sangre”*. Aquí está la fuente de nuestra fe, siempre renovada, en Cristo Resucitado.

En la Eucaristía, tenemos cada día un encuentro Pascual con el Resucitado, que no sólo nos saluda y llama por nuestro nombre, sino que se nos da como alimento y nos transmite su propia vida, y después nos envía “a decir a sus hermanos” lo que hemos visto. La Eucaristía es la mejor «aparición», que no nos permite envidiar ni a los Apóstoles, ni a los discípulos de Emaús, ni a María Magdalena.

La participación en la Eucaristía abre los ojos de nuestra fe, alimenta nuestro amor, y nos hace descubrir que Cristo Resucitado camina con nosotros en lo cotidiano. Jesucristo se nos quiere manifestar en el trato con la familia, en la relación con los compañeros de trabajo o estudios, en los vecinos, en el cumplimiento del deber cotidiano.

A Jesús Resucitado lo reconoceremos en la humildad de lo ordinario vivido de modo extraordinario... vivido desde el amor y la fe, como María Magdalena.

Para la reflexión:

- Como María Magdalena, ¿me siento llamado personalmente y enviado por Jesús?
- Jesús nos dice: **“Ve a mis hermanos y diles...”**: ¿Qué es lo que diría, cómo anuncio que Cristo ha Resucitado? ¿Qué palabras, compromisos, actitudes... son mi testimonio?
- En mi cotidianidad, ¿dónde reconozco la presencia de Jesús Resucitado con más facilidad? ¿Y dónde me cuesta más reconocerle?
- ¿Cómo vivo la Eucaristía? ¿Cómo vivo la dimensión comunitaria de mi fe? ¿Cómo puedo mejorar este encuentro con el Resucitado tanto en la celebración como en la comunidad?

RETIRO: VIA LUCIS – MARÍA MAGDALENA

(Extraído de la revista ORAR n° 174 – Revista DABAR – A. Pronzatto – AA VV)

VER:

- ¿Qué “demonios” ha expulsado el Señor de mí?
- ¿Cómo ayudo yo al Jesús y a las tareas de la evangelización?
- María Magdalena acudió al tercer día al sepulcro, pero lo encontró vacío. En el anterior retiro nos preguntábamos: ¿Cuál sería mi reacción si al visitar la tumba de un ser querido la encontrase vacía? ¿Qué haría, cómo reaccionaría?

JUZGAR:

Del evangelio según san Juan 20, 11-18

En aquel tiempo, fuera, junto al sepulcro, estaba María, llorando. Mientras lloraba, se asomó al sepulcro y vio dos ángeles vestidos de blanco, sentados, uno a la cabecera y otro a los pies, donde había estado el cuerpo de Jesús.

Ellos le preguntan: —«Mujer, ¿por qué lloras?»

Ella les contesta: —«Porque se han llevado a mi Señor y no sé dónde lo han puesto»

Dicho esto, da media vuelta y ve a Jesús, de pie, pero no sabía que era Jesús.

Jesús le dice: —«Mujer, ¿por qué lloras?, ¿a quién buscas?»

Ella, tomándolo por el hortelano, le contesta:

—«Señor, si tú te lo has llevado, dime dónde lo has puesto y yo lo recogeré.»

Jesús le dice: —«¡María!»

Ella se vuelve y le dice: —«¡Rabboni!», que significa: «¡Maestro!»

Jesús le dice: —«Suéltame, que todavía no he subido al Padre. Anda, ve a mis hermanos y diles: "Subo al Padre mío y Padre vuestro, al Dios mío y Dios vuestro."»

María Magdalena fue y anunció a los discípulos: —«He visto al Señor y ha dicho esto.»

- ¿En alguna ocasión he sentido que “se han llevado a mi Señor”, que ha desaparecido de mi vida? ¿Qué hice?
- ¿Qué respondería a Jesús si me preguntase: ¿Por qué lloras?
- ¿Qué respondería a Jesús si me preguntase: ¿A quién buscas?
- ¿Me siento llamado “por mi nombre”, personalmente, por Jesús? ¿Qué significa eso para mí? ¿Qué repercusión tiene en mi vida?

ACTUAR:

- Como María Magdalena, ¿me siento llamado personalmente y enviado por Jesús?
- Jesús nos dice: “**Ve a mis hermanos y diles...**”: ¿Cómo anuncio que Cristo ha resucitado? ¿Qué palabras, compromisos... son mi testimonio?
- En mi cotidianidad, ¿dónde reconozco la presencia de Jesús Resucitado con más facilidad? ¿Y dónde me cuesta más reconocerle?
- ¿Cómo vivo la Eucaristía? ¿Cómo vivo la dimensión comunitaria de mi fe? ¿Cómo puedo mejorar ambos encuentros con el Resucitado?

Jesús elige a una mujer como apóstol de sus apóstoles

Lo mismo que María Magdalena decimos hoy nosotros:
«Me han quitado a mi Señor y no sé dónde lo han puesto.»

Marchamos por el mundo y no encontramos nada en qué
poner
los ojos, nadie en quien podamos poner entero nuestro
corazón.

Desde que Tú te fuiste nos han quitado el alma
y no sabemos dónde apoyar nuestra esperanza,
ni encontramos una sola alegría que no tenga venenos.

¿Dónde estás? ¿Dónde fuiste, jardinero del alma,
en qué sepulcro, en qué jardín te escondes?

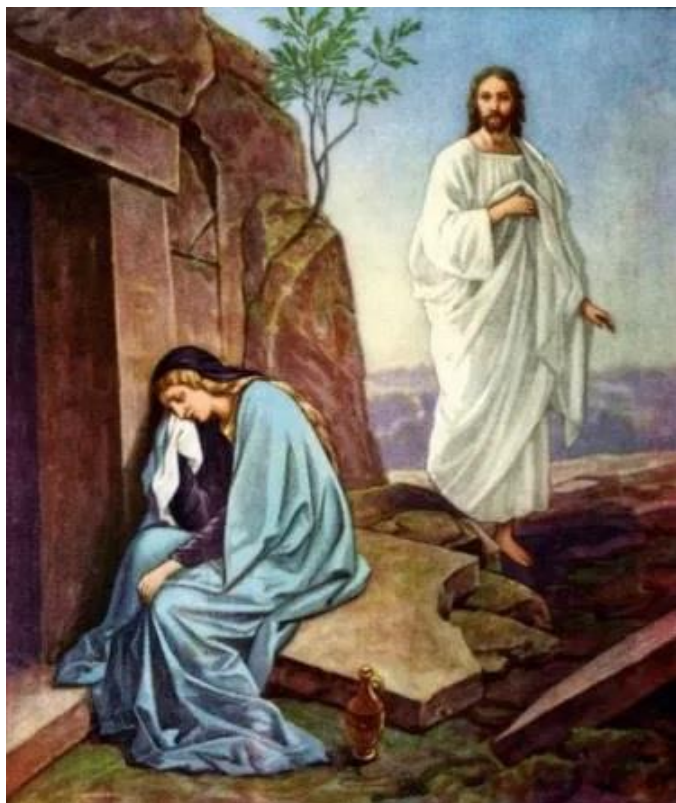
¿O es que Tú estás delante de nuestros mismos ojos
y no sabemos verte?

¿estás en los hermanos y no te conocemos?

¿Te ocultas en los pobres, resucitas en ellos
y nosotros pasamos a su lado sin reconocerte?

Lláname por mi nombre para que yo te vea,
para que reconozca la voz con que hace años
me llamaste a la vida en el bautismo,
para que redescubra que Tú eres mi maestro.

Y envíame de nuevo a transmitir de nuevo
tu gozo a mis hermanos,
hazme apóstol de apóstoles
como aquella mujer privilegiada que, porque te amó tanto,
conoció el privilegio de beber la primera
el primer sorbo de tu Resurrección.



MARIA MAGDALENA (AIN KAREM)

<https://youtu.be/lgKgfSp-GAk>

El día ya comienza
Pero en mi interior
Permanece la noche, la confusión
El maestro está muerto
Han matado a la vida
La esperanza del mundo han colgado en la cruz
Hoy camino entre sombras sin otra intención
Que abrazarte de nuevo, ungirte de amor
La piedra esta corrida, el sepulcro vacío
Y entre lágrimas puedo escuchar una voooooooz

Mujer, ¿porque lloras? ¿a quién buscas?
Mujer, ¿porque lloras? ¿a quién buscas?

Se han llevado a mi Señor y no sé dónde lo han puesto
Si tú sabes donde esta señor, muéstramelo,
muéstramelo

María, Raboni Maestro---- María
María, Raboni Maestro---- María
María, Raboni maestro-----María
Maestro

No me toques que aún no he subido al Padre
Pero vete junto a mis hermanos y diles
Subo a mi Padre y vuestro Padre
Subo a mi Dios que es vuestro Dios

Mujer, ¿porque lloras, a quien buscas...?

Maestro, He visto a mi Señor